

La condesa escuchaba á Gigant con una resignacion impasible.

Pero esta resignacion é impasibilidad irritaban cada vez mas á Gigant, que hubiera querido poder seguir en su fisonomia las señales exteriores del dolor interior que él le causaba, como esos animales sanguinarios que se divierten con los últimos estremecimientos y convulsiones de su presa.

Tenia impresos en el corazon todos los tormentos morales que aquella mujer le habia hecho padecer en los últimos tiempos, y él, á su vez, queria hacérselos sufrir á ella.

Arrastró una silla y se sentó.

— En verdad, dijo, que puesto que habeis tenido la amabilidad de iniciarme y darme á conocer vuestros proyectos respecto á mí, seria una ingratitud por parte mia el no responder dignamente á tan tierna confianza.

¿No me deciais hace algunas horas allá abajo en el invernáculo que no debia haber ningun secreto entre dos buenos asociados, dos buenos amigos como nosotros?

Pues bien, os confieso que en el primer momento en que me he visto libre, me he sentido dominado por un sentimiento de debilidad: ha faltado muy poco para que no huiese inmediatamente, abandonando la partida; pero, ¡lléveme el diablo! si, al traerme á este sitio, no me habeis hecho un favor mucho mayor de lo que yo creía al principio. No solamente, por pura complacencia, me habeis advertido del peligro que corria, sino que me habeis dado los medios de conjurarlo.

Sacó el papel que se habia metido en el bolsillo y lo extendió con aire fanfarron ante los ojos de la condesa.

— Puesto que, segun toda probabilidad, estais destinada á no salir mas de aquí, os puedo decir todo sin inconveniente.

Este papel contiene, en primer lugar, el medio de contrabalancear la confesion de nuestro caro baron, y en segundo lugar el arma que me permitirá continuar el combate casi con una suerte igual.

Si, gracias á esta arma, si no consigo la victoria, conseguiré por lo menos el desconcertar vuestros planes.

¿Qué era por lo que tanto os afanabais, ángel adorado? Por la felicidad de todo el mundo, ¿no es verdad? Pues bien, yo os aseguro que este papel hará una buena brecha en la de M. José, á menos que no consienta en ser mi coronel Fritz como lo ha sido vuestro.

Elena no podia responder, pero meneó lentamente la cabeza como para decir:

— No conteis con eso.

— Bueno, exclamó Gigant levantándose; nuestro héroe no desfallecerá, ¿no es verdad? pues tanto peor para él.

Pero veo que estoy pasando aquí el tiempo en charlar, cuando es preciso obrar.

Adios, mi bella, os dejó con esas amables sombras en cuya agradable compañía me permitiais quedar. Deciais que vos viviais de vuestros recuerdos, ¿no es así? pues bien, ahora tratad de morir con ellos lo mas suave y dulcemente que podais. Esto es todo lo que os deseo.

Dicha esta última frase, se dirigió á la puerta, que estaba,

en efecto, sólidamente forrada de hierro, segun habia dicho Elena, dió dos vueltas de llave á la cerradura de secreto, y se metió la llave en el bolsillo.

Cinco minutos despues, Gigant estaba en el invernadero, y al cabo de otros tantos salia por la puerta del jardin, que volvió á cerrarse en seguida.

En vez de subir hacia los bulevares, atravesó primero los Campos Eliseos en direccion á los muelles.

En el puente de la Concordia, se acercó al parapeto y arrojó la llave al Sena.

Estuvo contemplando con fruicion, durante algunos instantes, las burbujas y remolinos que hizo el agua al caer aquel cuerpo pesado en ella, y en seguida se dirigió al jardin de las Tullerías y lo atravesó tarareando una cancioncilla alegre.

Ya era muy de día; pero la claridad no entraba en el oratorio, la luz de la lámpara colgada del techo era la sola que proyectaba sus pálidos resplandores sobre la condesa de Monte-Cristo, que yacia desvanecida en el sillón.

LI

LA CONFESION DE MATIFAY.

Aquella misma mañana, al entrar Larose, segun costumbre, en el cuarto del baron, lo encontró muerto.

El banquero estaba con la cabeza caída sobre la mesa en un estado de tal desórden que manifestaba claramente que la muerte le habia sorprendido de improviso.

A los gritos del ayuda de cámara, Cipriana fué la primera que acudió, porque á pesar de que el banquero le habia prohibido formalmente que se llegase á su cuarto, no dejó por eso de manifestar la mayor solicitud por él en aquellos últimos dias.

Para ciertas almas que no han abrigado ningun mal sentimiento, la compasion se transforma casi en una afectuosa ternura.

A fuerza de ver padecer á aquel viejo, de quien ya no tenia que temer en adelante sus odiosas é importunas caricias, habia llegado á sentir por él cierta conmiseracion simpática.

Y, al fin y al cabo, ¿no era ella su mujer delante de los hombres, aunque no lo fuese á los ojos de Dios? No podia, por lo tanto, permanecer indiferente y enteramente extraña á lo que le tocaba tan de cerca.

Se recordará tambien que su cuarto no se hallaba separado del de su marido sino por un corredor; sabiendo que estaba peor, no se habia acostado aquella noche; de modo que pudo ser la primera en acudir á los gritos de Larose.

Este, ayudado de su compadre Lepine, colocaron el cuerpo del baron en la cama.

En el sitio mismo que ocupaba sobre la mesa la cabeza del baron, Cipriana encontró un pliego con este sobre:

A la señora baronesa de Matifay.

Y debajo esta otra inscripcion doblemente sub-rayada:

« Para ella sola. »

Esta carta, cuya tinta se hallaba todavia fresca, puesto que la frente del baron habia borrado en parte las letras, esta carta de Matifay debia contener sus últimas voluntades.

Los últimos pensamientos del baron habian sido, pues, para Cipriana.

Aquella idea la enterneció, y le hizo casi borrar el horror instintivo que le habia inspirado siempre.

La digna jóven se acusó y se arrepintió casi de no haberse manifestado mas amable y cariñosa.

— ¡Ah!... exclamó suspirando, ¡si se hubiese contentado con no considerarme mas que como una hija!...

Entretanto, la noticia de la muerte del baron se extendió con la mayor rapidez en toda la casa.

Loredano y Hortensia acudieron inmediatamente al lado de Cipriana y trataron de sacarla del cuarto mortuorio; pero dominada enteramente por aquel sentimiento que la delicadeza de su conciencia le forjaba, no consintió en salir de él sin contemplar por última vez el rostro de aquel cuyo nombre habia llevado y llevaba todavia.

El espectáculo era horrible; al abandonar aquel cuerpo, el alma habia dejado sobre sus facciones contraidas las señales de una horrorosa marca.

Los labios, amoratados y entreabiertos, parecian exhalar un grito de angustia; los ojos, extraordinariamente dilatados, parecia que miraban con un sentimiento de asombro y de horror el espectro vengador de Elena; y debajo de todos los miembros hinchados se descubrian ya los sintomas de una descomposicion inmediata.

A pesar de su resolucion, Cipriana no pudo soportar por mucho tiempo la vista de aquel horrible cuadro, y estrechando contra su pecho la carta dirigida á ella sola, se refugió en su cuarto.

En la seguridad de que nadie vendria á sorprenderla, rasgó el sobre.

En este momento, su corazon latia con violencia; ¿qué era lo que iba á saber?

Desde que leyó las primeras palabras, se le cambió el color.

A la cabeza de la primera página, escrita con una letra temblona y vacilante, se hallaban estas cuatro palabras:

« Esta es mi confesion. »

La confesion era larga; ocupaba ocho páginas de una letra que, temblorosa al principio, iba apareciendo mas sentada á cada página, como si la manó que la habia tra-

zado hubiese adquirido mayor serenidad segun y conforme iba escribiéndola.

La carta decia de este modo:

« Es á vos, Cipriana, á quien yo dirijo esta confesion, para que hagais de ella el uso que mejor os parezca, segun lo que vuestra conciencia os dicte.

» Vos habeis sido, pobre niña, sin pensarlo ni sospecharlo, mi propio verdugo, al mismo tiempo que mi victima. Mi suplicio, en efecto, ha comenzado el dia mismo que habeis empezado á llevar mi nombre.

» Segun mis proyectos, vos debiais ser la dicha y el sosiego de mi casa; y precisamente habeis sido vos la que introdujo en ella la desesperacion y los remordimientos.

» Dios es justo. Por vos era por quien yo esperaba olvidar, y por vos ha sido por quien me he visto forzado á acordarme.

» Esta coincidencia no puede ser la obra de la casualidad. Cuando uno está próximo á morir, se comprenden muchas cosas que hasta entonces habian sido muy oscuras en nuestra imaginacion. Se llega entonces á entrever, á través de las nieblas de la muerte, las vias misteriosas por las que nos hace marchar la Providencia.

» Yo he empezado á arrepentirme, y Dios sabe en medio de qué indecibles congojas, la noche misma que habeis venido á habitar debajo de mi techo. Esto era, sin duda, porque estabais destinada para ser mi juez. Y por eso tambien, quizás á causa de vuestra pureza, yo empezaba á ser mejor, á pesar de toda mi bajeza.

» Empezaban á caérseme las vendas de mis ojos, y comparándome al tesoro de amor de que yo habia querido apoderarme por sorpresa, media, en fin, toda la profundidad de mi abyeccion.

» Esta abyeccion vais ahora á conocerla; ¿la hareis pública? Yo no me considero con el derecho de imponeros esa expiacion que resaltaria hasta vos, puesto que vuestra desgracia quiere que lleveis mi propio nombre.

» La conducta que vos debéis seguir no interesa mas que á vos, y yo no exijo que deis un paso que os deshonraria. No creo tampoco que esa sea la intencion del ser sobrenatural que, desde hace muchos meses, no se aparta de la cabecera de mi cama y cuya misteriosa voz es la que me fuerza á escribir.

» Esta mujer, que fué la primera de mis victimas, así como vos habeis sido la última, ha sufrido dolores inmerecidos, desprecios injustos, y no querrá ella imponerlos á vos, ¡oh santa querida!

Despues de este exordio, seguia la confesion de Matifay, confesion completa, y cuyos principales y horribles elementos conocemos.

Y á medida que Cipriana iba adelantando en esta lectura y asistia, por decirlo así, en espíritu á las sombrías y trágicas peripecias de la sangrienta historia de Elena de Rancogne, se ponía cada vez mas pálida.

Pasaba la mano sobre su frente, como para despertarse,

y se creía estar sufriendo una horrible pesadilla que la ahogaba.

Sentía oprimida su garganta.

Aquellas páginas sudaban sangre, destilaban veneno.

La palabra *muerte* se hallaba consignada casi en cada uno de los renglones de aquel horrible escrito.

El conde Jorge, muerto; su hermano Octavio, muerto; la condesa Elena, muerta; José el pastorcillo, también muerto sin duda, puesto que no se le había vuelto á ver, y que la relación presentaba siendo perseguido por el asesino Limaille.

Blanca, en fin, aquel ángel, aquella huérfana doblemente sagrada, también muerta.

— ¡Muertos! ¡todos muertos! repetía Cipriana casi delirando, muertos todos y heridos por él; ¡y yo he sido la mujer de este hombre, y yo he llevado y llevo su nombre!

Madama Jacquemin, que había vuelto á desempeñar sus funciones de camarera con Cipriana, entró despacito en el cuarto con cierto aire misterioso, y la sorprendió en este delirio.

La joven, que se hallaba demasiado turbada con semejante lectura y sin que hubiesen podido fijarse sus ideas respecto á la resolución que debería adoptar después de aquella revelación tan inesperada, se apresuró á guardar la carta en el cajón de una mesita de labor que tenía cerca de ella.

— ¿Qué hay, buena mujer? le preguntó disimulando cuanto le fué posible la turbación de que estaba poseída.

— Madama Jacquemin no respondió sino pronunciando un nombre, — M. de la Cruz.

¡M. de la Cruz! ¡M. José!... Sin duda, algún instinto superior le guiaba para que se hallase tan á punto en los momentos en que Cipriana padecía.

— Que entre, que entre, se apresuró á decir Cipriana.

Y tan pronto como entró, abandonando toda etiqueta, se abalanzó hacia él llorando y le dijo:

— ¡Ah! ¿por qué no os escuché y no acepté la huida y el asilo que en otro tiempo me propusisteis? Teniais razón, M. José, este hombre era un monstruo.

LII

UN RAYO DE LUZ EN EL DRAMA.

Don José la respondió gravemente:

— La muerte le ha herido. A Dios solo corresponde ahora el derecho de juzgarle.

Cipriana se mantenía con la vista inclinada al suelo, y sus pálidas mejillas se iban sonrojando gradualmente.

Alzó, al fin, su cabeza, y dirigiendo una inocente y limpiada mirada á M. José, le dijo:

— Vos habeis sido siempre el mejor de mis amigos; por lo tanto teneis derecho á saber todo...

Y sacando la carta que había guardado en el cajón, se la alargó.

Pero él, rechazándola con la mano, le dijo:

— Sé todo lo que contiene ese papel.

— ¿Todo?... le preguntó Cipriana, volviendo á ponerse pálida. ¿Todo?... y ¿no habeis empleado hasta la violencia para impedir que me uniese á ese ser tan horrible?...

— Ese casamiento era indispensable, le contestó M. José con una sonrisa misteriosa.

— Indispensable... ¿Por qué motivo?

Esta vez M. José no solo no contestó á esta pregunta, sino que preguntó él:

— ¿Qué vais á hacer ahora?

— Sois vos quien me lo preguntais, exclamó Cipriana con fuego. Voy á dar publicidad á la confesión de ese gran culpable, que me ha elegido por su testamentario y albacea: es preciso que sea completa su expiación, á fin de que todos sus crímenes sean reparados en cuanto posible sea. ¿No es el honor el mayor de los bienes? Y ya que no depende de mí el volver la vida á esa desgraciada Elena, condesa de Rancogne, es menester que, á lo menos, se le devuelva el honor de que se le privó tan indignamente.

— Y ¿luego? volvió á insistir M. José de nuevo.

— Luego, continuó Cipriana, cada vez más entusiasmada por la nobleza de sus generosos sentimientos, luego trataré de buscar á los parientes de las víctimas, y les devolveré ese dinero que tiene un origen tan impuro, y que me causa horror.

— Ya no existen parientes, dijo M. José friamente.

— Entonces, contestó Cipriana con la mayor simplicidad, ese dinero será el patrimonio de los pobres.

M. José hizo un signo aprobativo con la cabeza, y volvió á repetir su pregunta:

— ¿Y después?

Ella se calló, bajó la vista y volvió á ponerse encendida.

La lucha fué, sin embargo, de corta duración; casi en seguida volvió á levantar la cabeza y respondió con valor y entereza:

— Yo no me casaré, M. de la Cruz, no quiero imponer á nadie mi voluntaria pobreza.

— Pero yo soy rico, la interrumpió M. José, sonriéndose.

— Yo no quiero, continuó Cipriana, hacer participar á nadie del deshonor que, aunque no merecido, refluye sobre mí, por los crímenes de mi marido.

Yo no me casaré nunca sino con un hombre que estime, y ese hombre ni puede, ni debe ser el marido de la viuda de un asesino.

M. José abrió sus brazos y exclamó:

— La prueba es completa.

Después, al ver que ella permanecía inmóvil, azorada, trémula, y que no comprendía, doblando una rodilla en tierra, continuó:

— No creais, á lo menos, Cipriana, que yo haya dudado de vos un solo momento... Estaba seguro, antes de empezar esta entrevista, de que se terminaría de este modo; pero tal era la voluntad de aquella que vela sobre vos y á mi me guía: tranquilizaos ahora, alma querida, habeis atravesado sin temor y sin flaqueza la larga serie de pruebas á las que debiais ser sometida. Concluyeron ya vuestros dolores, así como los míos: hé aquí que se acerca el dichoso momento de la recompensa.

Y tomando una de sus manos que ella le abandonó sin resistencia, continuó diciendo:

— Yo os he declarado el primero que era pobre, desconocido, que mi vida encerraba un misterio, y en vez de rechazarme, me habeis respondido: «Tanto más os amo por eso.»

Hoy vengo á recordaros aquellas palabras. Ahora sois desgraciada, os veis aislada, deshonrada, puesto que nuestra sociedad quiere que las faltas de los que son culpables recaigan sobre los inocentes, y yo vengo á deciros á mi vez: Cipriana, esa pobreza y ese deshonor me dan ciertos derechos, y en virtud de ellos os pregunto:

Cipriana, ¿quereis ser mi esposa?

Ella no respondió sino con unas miradas llenas de vehemente elocuencia.

José sintió estremecerse la delicada mano que tenía estrechada entre las suyas.

Cipriana quiso retirarla, pero José la retuvo con una firmeza llena de ternura, y la mano no hizo resistencia á esta tierna presión.

— ¿Quereis ser mi mujer, Cipriana? volvió á repetir el joven con una voz casi suplicante.

— ¡Ah! parecía que le decía la mirada de Cipriana, en la que se traslucían cierto aire de tímida reconvencción, ¿por qué no me habeis hecho antes esa pregunta?

Sin duda él comprendió la significación de aquella muda interrogación, porque le respondió en seguida:

— No había llegado la hora, y yo no me pertenecía á mí mismo; no podía consagrarme enteramente una vida de la que una parte pertenecía á otra.

¡Oh! no tengais celos, añadió vivamente al ver cierto movimiento de Cipriana: vuestra rival era una idea, una empresa, una obra cuyo secreto no llegareis á conocer sino más tarde, porque me han prometido que os lo revelarán. Hoy toca á su fin la empresa, yo he concluido mi parte de trabajo en la obra, y me han devuelto mi libertad.

Todavía hay más: empiezan á aclarar el misterio de mi vida ciertos particulares resplandores, y tal vez...

Se detuvo de repente, y después de algunos momentos de interrupción, continuó:

— Vuestra primera exclamación al verme ahora mismo, expresaba el sentimiento de no haber tenido en mí una entera confianza. Pues bien, no volvais á incurrir en la misma falta, no tengais más dudas; creed, sí, creed, y estad bien persuadida de que si yo no os abro mi corazón enteramente, si os queda oculto algo de mí, es porque no puedo, ni debo obrar de otra manera.

Yo no añadiré á lo que acabo de deciros nada nuevo y que no sepais ya.

Cipriana, yo os amo, y os amo más que á todo en el mundo, más aun que al deber mismo á que ha sido consagrada toda mi vida, y que, por causa de vos, ha faltado muy poco para que yo faltase á él...

Sí, he estado á punto de abandonarlo, y Dios sabe las luchas que he tenido que sostener en mi corazón el día en que os he visto conducir al altar por ese infame Matifay.

He estado á pique de olvidar mi juramento y de interrumpir la ceremonia, de deciros todo, de revelarlo al conde vuestro padre, de hacer romper, en fin, aquella unión, aun á riesgo de promover el más espantoso escándalo.

— ¡Ah! ¿por qué no lo habeis hecho? dijo la joven viuda.

— No lo hice, felizmente, respondió con entereza M. José, porque aquel escándalo habría acarreado innumerables desgracias, y porque nos habría separado probablemente para siempre.

Gracias sean dadas á Dios que me envió la fuerza para resistir á la tentación y para esperar.

Cipriana le miraba muy pensativa.

— Todo lo que me decís, le respondió, es bien extraño.

Pero con una angelical sonrisa que expresaba la mayor confianza, añadió:

— Os creo; vos no podeis ni mentirme, ni quererme mal. Alguna cosa superior me lo dice interiormente.

— Pues escuchad, escuchad esa voz, exclamó con fuego M. José, porque es la voz de la verdad misma la que os habla. Tened en mí la misma fé que yo tengo en vos, y ya llegará un día, que no está muy lejano, en el que todos los secretos en que está envuelta mi vida como en un velo, llegarán á desgarrarse, y podré mostrarme á vos tal cual yo soy, y tan digno de vos como un hombre puede serlo de un ángel.

Ya no era su mano la que ella le había abandonado, sino que habiéndola atraído hacia sí suavemente M. José, ella se había acercado con un inocente candor al pecho del joven, que la estrechaba castamente entre sus brazos.

Una voz fuerte y sonora se dejó oír hacia el lado de la puerta:

— Lo que ese caballero no os dirá, Cipriana, es que ese casamiento, al que no se opuso, era necesario para atraeros hacia él. La señorita Cipriana de Puysaie podía quizás dar su mano al vizconde de la Cruz, pero no á un aventurero que ignora hasta su nombre. Era menester que la señorita de Puysaie se rebajase hasta el nivel de ese aventurero. Lo que tampoco os dirá él, es que era necesario ese casamiento, para que la desposada de ese generoso, de ese noble, de ese caballeresco M. José se hallase enriquecida con los millones mal adquiridos de Matifay.